

EJÉRCITO



LA ACADEMIA GENERAL BÁSICA DE SUBOFICIALES

PASADO, PRESENTE Y RETOS FUTUROS

LA FIGURA DEL SARGENTO

EN LOS TERCIOS DE INFANTERÍA ESPAÑOLA

PERFILANDO EL COMBATE FUTURO

REVISTA DEL EJÉRCITO DE TIERRA ESPAÑOL

NÚMERO 990 MAYO/JUNIO 2024 - AÑO LXXXV



MINISTERIO DE DEFENSA

PERSONAJES SINGULARES DEL TERCIO DE EXTRANJEROS



5 DE JUNIO DE 1923
EL SARGENTO PIRIS
EN TIZZI ASSA

El teniente coronel Piris con la
Medalla militar individual

Antonio García Moya | Teniente de Infantería

Domingo Piris Berrocal nació en Herrera de Alcántara el 2 de agosto de 1901. Era el penúltimo de una prole de diez hermanos. A los trece años perdió a su padre y tres años después la gripe española se llevó a su madre. El duro trabajo como jornalero a cambio de un mísero jornal le condujo a querer escapar de aquella vida.

Acaso encontró la ocasión cuando, el 11 de octubre de 1920, firmó un compromiso con el Tercio de Extranjeros en el banderín de enganche de Cáceres. Ya en Ceuta, la expedición fue recibida por el teniente coronel Millán Terreros con una inolvidable arenga:

[...] Tendréis una vida dura y difícil, vida de hombres, llena de constantes riesgos, sacrificios, sufrimientos y fatigas; pasaréis hambre, sed y sueño; soportaréis las más duras jornadas de vuestra vida [...].¹

Domingo Piris fue encuadrado en la 4.^a Compañía de la II Bandera y el 5 de abril de 1921 tuvo su bautismo de fuego en el camino a Chauen combatiendo con las fuerzas de El Raisuni.

El desastre de Annual requirió del apoyo de diversas unidades procedentes de la zona occidental del protectorado. El día 23 de julio embarcaron en Ceuta con rumbo y a toda máquina hacia Melilla dos banderas del Tercio de Extranjeros, dos tabores de regulares de Ceuta, artillería y otros servicios.

Enseguida las banderas legionarias entraron en operaciones en las estribaciones del Gurugú, interviniendo en la protección de convoyes, guarneciendo posiciones y realizando otros servicios de campaña.

La 4.^a Compañía, que mandaba el capitán Beorlegui Canet, actuó sobre Sidi Amaran. El enemigo intentó apoderarse de las ametralladoras, pero sus dotaciones las salvaron con fuego de pistola y gracias a la colaboración de la sección de Piris y de la compañía de depósito. Por su buen hacer, Piris fue citado como «muy distinguido». Aquello le impulsó a ser ascendido a cabo por méritos de guerra.



Fotografía familiar del Sargento Piris con su esposa e hijo

El 17 de agosto, durante el relevo de Sidi Hamed, la 4.^a Compañía sufrió el ataque de los harqueños; en sus acometidas, con el apoyo de la artillería, los indígenas llegaron hasta las mismas alambradas.

Cuando la sección de Piris quedó aislada en Casabona, el cabo organizó una combinación de fuego y saltos que puso a salvo a su sección, pero él quedó cortado y sin posibilidad de recibir ayuda en su salto. El cabo legionario se aferró a la única alternativa y, con una alocada carrera, consiguió ponerse a salvo mientras era jaleado por sus compañeros.

En la toma de Sebt y Segangan, en el momento del repliegue la sección del teniente De la Cruz Lacaci quedó protegiendo la retirada, evitando así que

el enemigo se les echase encima, pero todo se complicó.

Piris recordaba:

«Con la compañía a cuatrocientos metros, el teniente ordena el repliegue a toda velocidad por escuadras, mientras que él, conmigo, apoya el movimiento haciendo fuego sobre el enemigo, que se va aproximando. Cuando las escuadras se encuentran a unos doscientos metros, el teniente cae herido de un tiro en la cabeza que lo deja sin conocimiento».

La fortuna se puso del lado de De la Cruz; el cabo Piris, último en replegarse, tropezó con el cuerpo del oficial. La hemorragia era alarmante, pero estaba vivo. Domingo Piris rememoraba la compleja situación años después:



Fotografía de estudio del teniente Piris

«Mi situación es muy grave. Me encuentro solo, con el teniente herido y algunos tiradores enemigos a menos de cien metros, por lo que decido como única solución echarme al teniente a cuestas y salir corriendo, pero los tiradores se me acercan cada vez más, por lo que tengo que tirar por tres veces al teniente al suelo para poder defenderme. Ya

casi de noche, después de hacerle una cura al teniente con mi bolsa de curación y aprovechando la protección de la oscuridad, me retiro rápido. Después de unos dos kilómetros con el teniente a cuestas, el capitán Beorlegui se da cuenta al incorporarse la sección y ordena detener a la compañía; consigo alcanzarla completamente agotado».

UN VETERANO DE CALIDAD

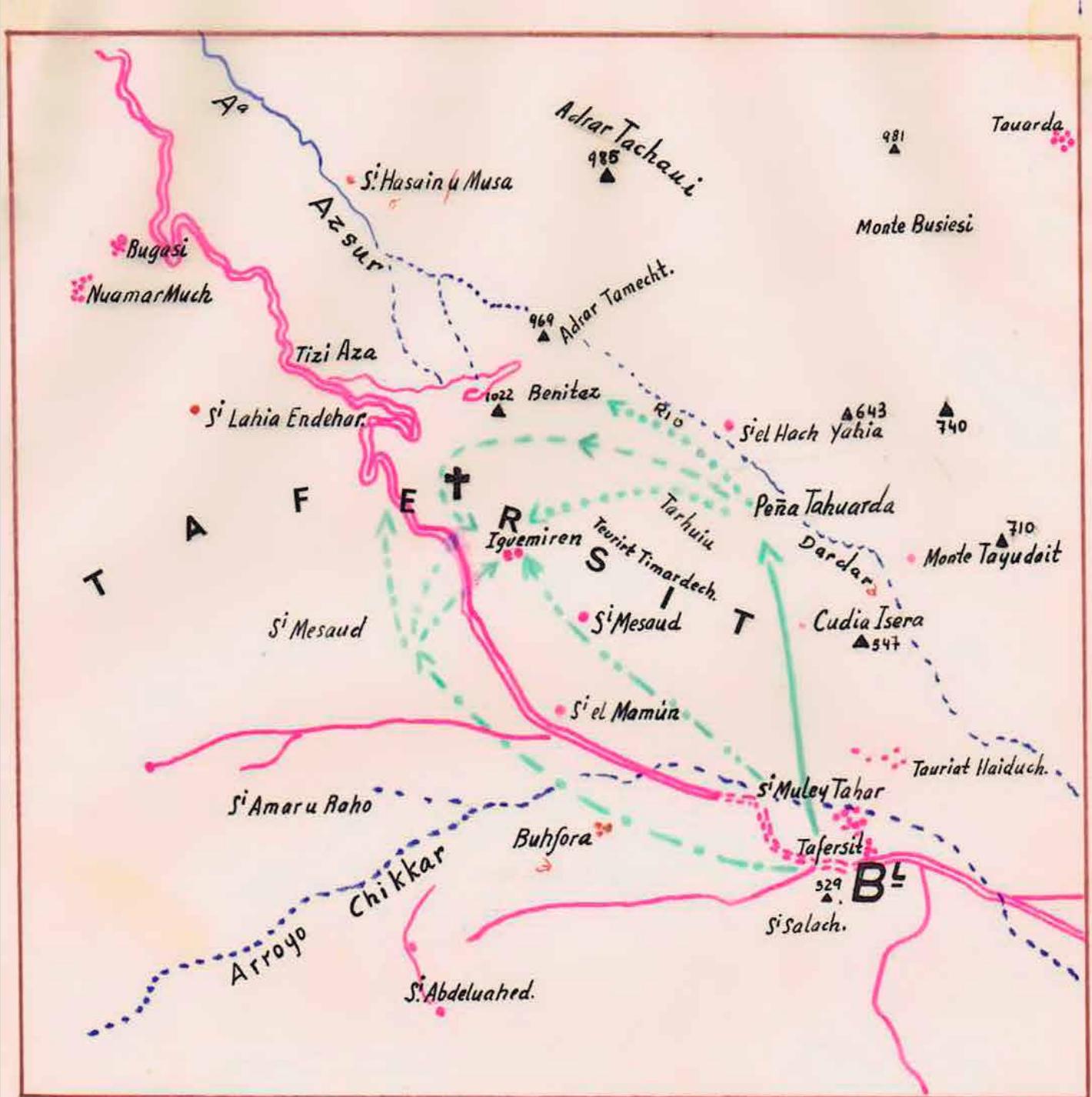
El 10 de octubre se iba a ocupar Taxuda para obligar al enemigo a retirarse del Gurugú, un día de limpieza a base de granadas y bayoneta. En los primeros momentos del combate, un proyectil atravesó el pómulo derecho de Piris. A pesar de la aparatoso hemorragia, se mantuvo en la batalla. Beorlegui le vio y le ordenó retirarse. En el puesto de socorro curaron y vendaron su cara y el cabo legionario regresó a la lucha.

«[...] Cuando me encuentro con mi sección combatiendo otra vez, me divisa el capitán, que se pone hecho una fiera y me amenaza con el bastón que siempre lleva y me ordena violentamente que me retire y me evague al hospital».

Beorlegui citó a su selecto y terco cabo como «muy distinguido» y días después llegó su ascenso a cabo primero, cuando tomó el mando de una de las secciones. El 2 de noviembre, durante la operación de Taxuda n.º 2, resultó alcanzado por dos balas en el cuero cabelludo y en el hombro; afortunadamente, el carácter leve de las heridas no le impidió mantenerse en combate. En el Gurugú, la sección de Piris protegía el repliegue. De pronto, se vio solo con el padre Revilla. El capellán de las banderas de Melilla había resultado herido. A costa de un tremendo esfuerzo, lo pudo poner a salvo hasta que fue auxiliado por los legionarios de su sección.

Finalizaba el año 1921 en Marruecos y Piris hacía balance de su trayectoria legionaria:

«Llevamos diecisiete meses de Legión, un año justo de campaña, seis meses de operaciones continuas y más de sesenta combates serios, los más encarnizados. He ascendido a cabo primero por méritos de guerra, he sido propuesto dos veces para sargento, tres veces herido y seis veces citado como muy distinguido. Este es mi palmarés legionario, que con la ayuda de Dios he realizado, porque muchos de mis compañeros, con el mismo espíritu que pueda tener yo, yacen en el cementerio de Melilla, en las camas de los hospitales o allá en la península arrastran la falta de piernas, de brazos u otros órganos».



E. 1: 50.000

SIGNOS CONVENCIONALES

Base de partida	<i>B</i> \leq								
Banderas que actuaron	1 ^a , 2 ^a y 4 ^a -Regulares.								
Dirección de avance	<table border="0"> <tr> <td>1^a Bandera</td> <td>.....</td> </tr> <tr> <td>2^a Bandera</td> <td>.....</td> </tr> <tr> <td>4^a Bandera</td> <td>.....</td> </tr> <tr> <td>Regulares</td> <td>.....</td> </tr> </table>	1 ^a Bandera	2 ^a Bandera	4 ^a Bandera	Regulares
1 ^a Bandera								
2 ^a Bandera								
4 ^a Bandera								
Regulares								
+	Lugar donde murió el Teniente Coronel Valenzuela.								

Entorno de Tizzi Assa con el movimiento de las unidades el 5 de junio de 1923. (Revista La Legión)

En febrero de 1922 el cabo recibió de mano del teniente coronel Millán los dorados galones de sargento, ganados por méritos de guerra. Días después, el 18 de marzo, se realizó la primera operación donde intervinieron carros de combate: Ambar. La 4.^a Compañía apoyó a los carros, pero la inexperiencia llevó a agotar el combustible y, cuando las tripulaciones abandonaban los vehículos, cayeron bajo fuego rifeño. Aquel día resultaron mortalmente heridos el comandante Rodríguez Fontanes, el párter Vidal Pons y diez legionarios.

En las operaciones del 29, Piris fue alcanzado en el labio inferior, herida que le produjo una quemadura y que trajo una nueva reflexión:

«Hasta ahora he tenido suerte porque, por centímetros en la mayor parte de los casos, no he ido a hacer compañía a mis compañeros en el cementerio de Melilla».

TIZZI ASSA: 5 DE JUNIO DE 1923

La retirada del teniente coronel Millán del mando de la Legión abrió las puertas al teniente coronel Rafael de Valenzuela. Finalizaba Mayo cuando los indígenas, conocedores de la indecisión de los políticos españoles, aprovecharon para sitiar las posiciones del entorno de Tizzi Assa.

Valenzuela, que se encontraba en Madrid, fue requerido para dirigir las banderas del tercio. El 4 de junio pasó revista a sus unidades.

Consciente de las dificultades de las inmediatas operaciones, dirigió a sus subordinados una arenga que quedó en la memoria legionaria: «Mañana salvaremos a nuestros compañeros de Tizzi Assa, mañana entrará el convoy o yo pereceré. Mañana ejecutaremos esta hazaña, porque nuestra raza no ha muerto aún»².

Para el día 5 de junio de 1923 se organizaron varias columnas con el objetivo de abastecer las posiciones del entorno de Tizzi Assa. Los jefes más antiguos tomaron el mando de las respectivas columnas: el coronel Ángel Morales Reynoso, jefe del Regimiento Cericola n.^º 42; el coronel Francisco Ruiz del Portal, jefe del Regimiento de Cazadores de Lusitania, 12 de Caballería; el coronel Emilio Fernández Pérez, jefe del Regimiento de Caballería Alcántara; el coronel Agustín Gómez Morato, del Regimiento de Melilla; y los tenientes coroneles Vázquez del Valle, de caballería y Pérez Vidal, de artillería.

A las cuatro y media las columnas que iban a llevar el peso de los combates se concentraron en Tafersit a las órdenes del coronel Fernández Pérez. Se realizaron maniobras de distracción en las que intervinieron buques de la Armada; mientras, las harcas amigas avanzaron buscando atraer la atención del enemigo.



Grupo de oficiales legionarios en Melilla, 1940



El comandante Piris, jefe de la III Bandera, posa junto a sus oficiales

El teniente coronel Valenzuela llegó a la peña Tahuarda a las ocho y cuarto. Intentando superar las dificultades para progresar, valoró sus posibilidades mientras esperaba órdenes del coronel Gómez Morato. El sargento Piris recordaba cómo Valenzuela le ordenó que ocupase la loma conocida como Turhami, altura desde donde podría apoyar la evolución de los regulares. El jefe de la Legión siguió echando mano de los recursos a su alcance y ordenó al sargento Luis Fernández de Miguel que, con quince legionarios, apoyara el fuego sobre la loma de las Piedras.

El valeroso segundo tabor de Melilla asaltó dos veces el crestón de la loma Rocosa, que cubría el camino a la peña Tahuarda en dirección al barranco de Iguermiren. A pesar del decidido movimiento de los regulares, lo abrupto del terreno y la potencia de fuego del enemigo los hicieron fracasar. El capitán Ortiz de Zárate, que estaba inmerso en el combate, recordaba más tarde su dureza:

«A las ocho el combate era muy duro; caían oficiales y legionarios, pero seguimos adelante. A las nueve solo la Legión seguía, las restantes columnas habían parado en seco y alguna retrocedía; ya éramos nosotros los que luchábamos contra todos. Veíamos al

enemigo muy cerca y en un número atroz, nunca vi tantos. El convoy tenía que entrar o quedarnos allí.»

«[...] La moral de los moros era tan crecida que no solo me esperaron al lanzarme contra ellos, sino que nos embistieron con gran furia; aquello fue el infierno, perdimos por completo el instinto de conservación, entre los vivos y las maldiciones hubimos de olvidarnos de todo para pensar en España y en la Legión, y en este tren pasamos una hora, de nueve a diez, como si fuera un minuto³.»

Para sacar rédito del daño provocado en sus intentos por los regulares, el coronel Gómez Morato ordenó el ataque al Tercio de Extranjeros, el único recurso con posibilidades que le quedaba. El teniente coronel Valenzuela marcó a las tres compañías de fusiles de la II Bandera el objetivo: unas lomas al otro lado del barranco de Iguermiren. La contraseña de la Legión, «¡Legionarios, a luchar! ¡Legionarios, a morir!», se escuchó a través del sonido de los disparos en toda la campiña; a continuación, la orden de ataque. Valenzuela intentó llevar el «espíritu del legionario» a su máxima expresión: «[...] Acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta». Se lanzó hacia los rebeldes con

la pistola en la diestra y el gorrillo en la mano izquierda, animando a voces a sus legionarios. Se intercambiaron disparos y se multiplicaron las bajas. La acción no tuvo éxito. Pando Despierto cita como «Valenzuela se vio rodeado de harqueños. El primer tiro lo detuvo su pecho; el segundo, su cabeza. Tres balas más se clavaron en su cuerpo»⁴.

La II Bandera del comandante Manuel Canellas se desperdigó por la zona. Mientras, Piris avanzaba. En sus memorias apuntaba:

«Me lanzo con mi sección en la dirección de avance de la bandera, a la que alcanzo en pocos minutos, pero, cuando llego, veo que casi todos los oficiales han caído y muchos de mis compañeros yacen muertos o heridos en una zona muy batida, y los que quedan se hallan un tanto desorganizados.»

Con preocupación, Piris descubrió un gran número de bajas y mucho desorden en una zona controlada por el enemigo. Comentaba:

«Nos encontramos rodeados de enemigos situados en pozos de tirador, enmascarados, que nos hacen fuego a placer, sin que sepamos de dónde nos tiran.»



El teniente coronel Piris con un grupo de paracaidistas y personal de otras unidades

Los regulares del teniente Rafael Carbonell volvieron a cargar contra el enemigo. Cuando se disponían a acometer un segundo reducto, el teniente fue alcanzado en la cabeza. Se negó a retirarse mientras el cabo Salah ben Mohamed y el sargento Casas intentaban disuadirle:

- «Quédate, teniente, nosotros iremos. Tú quédate aquí y vendrás cuando nosotros llegar a trinchera».
- «No, no puede ser; no hay más oficiales que yo. He de seguir con todos vosotros⁵».

Carbonell resultó herido de nuevo. Tras ser evacuado, falleció en el hospital; le fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando.

Piris reunió a unos ciento cincuenta legionarios que se habían disgregado de sus compañías. Contaba cómo fueron aquellos críticos momentos:

«La situación en que nos encontramos no es buena, pero por lo menos podemos dar la cara al adversario parapetado en el barranco y metido en cuevas, con el que entablamos un combate a muerte».

Otro protagonista de aquella mañana fue el teniente De la Cruz Lacaci. El expediente abierto para su laureada cuenta:

«Al toque de ataque, toda la bandera se lanzó con sus fuerzas a la bayoneta. Consciente de que el objetivo principal de aquel día era hacer llegar el convoy de víveres y municiones a Tizzi Assa, el teniente De la Cruz, auxiliado por el alférez Eyaralar, tras reunir a los escasos hombres que le quedaban, buscó la zona más viable y con rapidez atravesó el barranco. En combinación de fuego certero, audacia y valor, al frente de diez legionarios, a punta de bayoneta desalojó la cresta

de la peña Rocosa. De la Cruz alcanzó el objetivo. Persiguió al enemigo y le hizo replegarse hasta la vertiente opuesta, desde donde no podía batir con sus fuegos el paso del convoy por el camino».

Los valientes que acompañaron a De la Cruz aquella mañana y vivieron para contarlo fueron los cabos José Bermejo y Antonio Vidal y los legionarios Juan Cerezo y Gerardo del Real, que, al más puro estilo legionario, mirada al frente y bayoneta armada en el extremo del Mauser, cumplieron con el «espíritu de acudir al fuego»: *«[...] La Legión acudirá siempre donde oiga fuego [...]»*. Los rifeños vieron que aquellos legionarios se los comían. Los uniformes verdes se encontraban cada vez más cerca y la precipitación hizo que los indígenas errasen sus tiros mientras, amenazados, abandonaban los pozos de tirador. Desde la Loma de las Piedras, De la Cruz apreció el valor de su

posición: podía batir el tramo de pista que ascendía desde Tafersit y llegaba hasta las posiciones que coronaban las cotas del sector. Fue la acción más selecta del día. Durante más de cuatro horas el grupo del teniente De la Cruz se defendió en la loma de unos harqueños encelados que, conocedores de la importancia de aquel lugar, querían recuperarlo a toda costa para impedir el paso del convoy. Pero los legionarios del teniente De la Cruz rechazaban los sucesivos intentos de los harqueños.

Desde las ocho y media de la mañana el convoy de avituallamiento aguardaba el momento de ascender hasta las posiciones. El capitán de intendencia Santiago Parra Mateo, al frente de la compañía expedicionaria de intendencia de la 1.^a Comandancia de Tropas, con valor y decisión, cuando la pista estuvo accesible, llevó las acémilas con agua, víveres y munición hasta sus puntos de destino. Por la conducción de los convoyes del 29 y el 31 de mayo y el 5 de junio de 1923, a Parra Mateo le cupo el honor de ser el primer oficial de intendencia en recibir la Medalla Militar.

El teniente De la Cruz y su grupo de valientes no llegaron a integrarse en la columna. Cargaron sus bajas y las armas, y se dirigieron a la posición de Benítez. A De la Cruz le fue concedido el ingreso en la Orden de San Fernando, cuya Cruz Laureada nunca pudo portar, pues fue asesinado en cautiverio en 1926.

Piris vio como el grupo que reunió por la mañana había mermado; quedaba una veintena de legionarios y una situación muy comprometida

A doscientos metros al este, Piris vio como el grupo que reunió por la mañana había mermado; quedaba una veintena de legionarios y una situación muy comprometida:

«Yo al menos puedo continuar la lucha con la gente que me va quedando, porque, entre los heridos que caen y los que se encargan de retirarlos, los efectivos van siendo mermados alarmantemente. Pero hay que aguantar donde estamos porque no hay otra salida, ya que recibimos fuego de todas direcciones. Los muertos ya no se retiran porque la evacuación de las bajas siempre ocasiona otras, por lo que no es rentable sacrificar a un vivo para retirar a un muerto».

Recordaba contento cómo la fortuna le acompañó aquel día:

«Mi suerte, con todo el fregado donde estoy metido, es incomprendible. Durante todo el tiempo me muevo continuamente para atender a la línea de fuego, lanzo con frecuencia granadas de mano sobre las cuevas que descubro y, mientras tanto, veo caer a mi gente sin que a mí me toque uno de los numerosos disparos que a corta distancia nos hacen».

Entre los riscos de Tizzi Assa, después de muchas horas de combate las municiones escaseaban. Piris pidió apoyo para evacuar a los heridos y recibir munición. La respuesta fue que se retirase del barranco. Mientras, los legionarios se mantenían en fuego como podían, aunque para ello fuese preciso recoger los cartuchos de los heridos y de los muertos.

A las cinco de la tarde, el comandante Canellas repitió la orden de retirada. La respuesta de Piris, justificada con el «espíritu de compañerismo»⁶, fue determinante: «[...] En conciencia, como legionario tengo que desobedecer mientras me queden heridos que recuperar». A las seis se repitió la orden de retirada. El fuego enemigo había disminuido debido al elevado consumo de munición que se había hecho durante todo el día. El nuevo estatus permitía rescatar a los heridos. El alférez Rodríguez Fernández, con seis legionarios, colaboró en la evacuación: «Sobre las 19 horas conseguimos salir del barranco los siete

heridos últimos y los siete ilegos que los evacuamos como podemos».

Camino de Benítez, Piris se encontró con el jefe de la bandera. Canellas reconoció su labor y, satisfecho, lo abrazó con entusiasmo, felicitándole. El testimonio del alférez Rodríguez fue determinante para que Canellas pidiese que se abriera un expediente para que se otorgara la Laureada a Piris, condecoración que no le sería concedida.

En la descubierta de la mañana del día 7, en el barranco de Iguermiren se recuperó el cadáver del teniente coronel Valenzuela; estaba rodeado por los de cinco sargentos y ocho legionarios.

Según la obra «Historia de las campañas de Marruecos», las bajas enemigas ascendieron a unas 1700. Las de los españoles también fueron elevadas, 1107, entre estas, 2 jefes y 18 oficiales. La Legión contó aquel día 68 muertos y 2 desaparecidos. Además del teniente coronel Valenzuela, perdieron la vida el capitán Pedro Casaux Beola al intentar recuperar el cadáver de Valenzuela; el teniente Justo Sanz Perea asaltando las posiciones enemigas; el alférez Pablo Sendra Font en el asalto a la Rocosa; y el alférez Fermín Alarcón de la Lastra, herido muy grave en la Rocosa.

La 4.^a Compañía del Tercio de Extranjeros, la unidad que aquel 5 de junio de 1923 mandaba el teniente Federico de la Cruz Lacaci y en cuyas filas combatió el sargento Piris Berrocal, se vio inmersa desde el primer momento en los combates de Tizzi Assa. Lamentó veintitrés muertos. Fallecieron los sargentos Jorge Dikton Parck y Ricardo Navalón Andrés; los cabos Francisco Lancharro Ginés, Eugenio Palazuelo Bordones, José Gómez Gómez, Juan Bas Herrero y Ramón Gallardo Ponce; el corneta Francisco Tadeu Gutiérrez; los legionarios Emilio Vázquez Valdés, José Zapata Castro, Francisco Bernardi Ventura, Francisco Lloret Onofre, Juan Francisco Sola, Alfonso Novoa, José Sánchez Posadas, José Gilberto Suárez, Andrés Vallecillo Ramírez, Juan Lucas Fernández, José da Silva Costa, Benedicto Casado García, David Consela Láinez, Alfredo Fernández Lucort y Fabián Blanco Pérez. Fueron dados por desaparecidos

los legionarios José García Pérez y Alfredo Fernández Coll. A estas estremecedoras cifras hemos de sumar un oficial y catorce de tropa heridos de diversa consideración; en total, cuarenta bajas en una sola jornada.

La muerte de Valenzuela en el campo abrió las puertas a la llegada de un nuevo jefe de tercio, el Teniente Coronel Franco Bahamonde. Durante su estancia en la Legión puliría una unidad que estaba preparada para el combate como pocas. Y no tardaría en comprobarse.

En agosto la situación de la posición de Tifaruin era crítica. Tras una aciaga jornada cargada de bajas, al siguiente día una hábil maniobra dirigida por el teniente coronel del tercio dio con la solución con apenas caídos, por lo que el acceso a Tifaruin quedó expedito. Piris, una vez más testigo de excepción, recordaba:

«En la maniobra nos alejamos del frente y nos ocultamos de ser vistos en dirección de la costa, momento en que variamos en dirección de Tifaruin, maniobra que da magnífico resultado con gran economía de sangre».

En mayo de 1924 Piris combatió en Sidi Messaud y después, en las alturas de Gorges, junto a Tetuán. Aquel septiembre ascendió a suboficial por méritos de guerra.

En 1927 Piris fue testigo de la entrega de una bandera por parte de los reyes al Tercio de Extranjeros en Riffien



El teniente coronel Domingo Piris Berrocal

Mientras protegía un convoy a Zinat, De la Cruz encomendó a Piris el ataque a la Loma Pelada. Enfrentándose con un enemigo superior, Piris se adelantó al despliegue de sus legionarios y se vio seriamente comprometido. La acción estuvo a punto de costarle la vida, pero su experiencia, su arrojo y cierta fortuna le permitieron escapar vivo.

«[...] Un grupo enemigo me encañona para hacerme prisionero, pero reacciono a tiros mientras me echo hacia atrás, cargándome a varios de ellos,

pero, como ellos no son mancos, me lanzan una descarga que me hiere de tres impactos, uno de ellos tan grave que no me permite continuar; sigo retrocediendo y haciendo fuego cuando los primeros hombres de mi sección me alcanzan».

La acertada actuación de las Hotchkiss de la 6.^a Compañía permitió la entrada del convoy en Zinat.

En 1927 Piris fue testigo de la entrega de una bandera por parte de los reyes al Tercio de Extranjeros en Riffien.

En septiembre de 1930 Domingo Piris ascendió a alférez del tercio. En 1934 combatió a las fuerzas que se levantaron contra el Gobierno de la República y en abril de 1935 ascendió a teniente del tercio.

Más adelante Piris combatió en la ruptura del cerco de Oviedo, en las operaciones de Teruel, en el Ebro; fue herido en la sierra del Caballo; luchó en la provincia de Huesca, en Lérida, en Tarragona y en el frente de Toledo; y fue recompensado con la Medalla Militar.

El 4 de enero de 1937 el general Franco firmó un decreto, ampliando el escafón legionario de modo que «los capitanes procedentes del Tercio de Extranjeros pudiesen alcanzar, dentro

de los cuadros de la Legión, el empleo de comandante».

El 28 de febrero de 1942 dos singulares legionarios consiguieron la Estrella de Ocho Puntas: Domingo Piris Berrocal y Francisco Canós Fenollosa.

ASCENSO A TENIENTE CORONEL Y EPÍLOGO EMOTIVO

En junio de 1958 el comandante Piris Berrocal ascendió, con carácter excepcionalísimo, a teniente coronel de la Legión «en atención a su extraordinario historial legionario, con más de cincuenta acciones de guerra, en las que fue herido ocho veces; citaciones

en treinta y tres ocasiones como «distinguido» y «muy distinguido»; con la Medalla Militar Individual, dos colectivas —campaña de Melilla y combates de Tizzi Assa— y de otras dos —Oviedo y el Ebro— una Cruz de María Cristina y ocho del Mérito Militar con distintivo rojo».

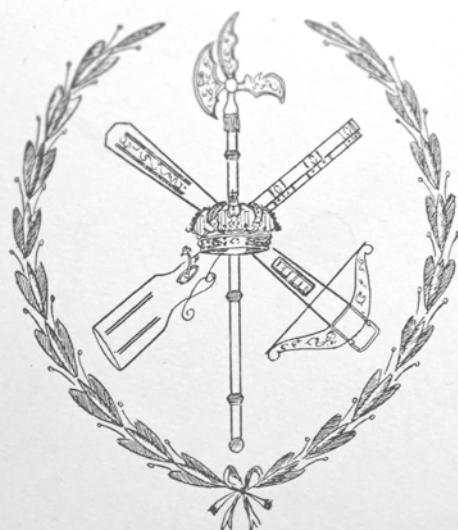
Piris rememoró su vida legionaria escribiendo el Historial de la Legión y Cuarenta y tres años de memorias de un legionario

Piris rememoró su vida legionaria escribiendo el Historial de la Legión y Cuarenta y tres años de memorias de un legionario. En octubre de 1963 pasó a retirado, aunque mantuvo un estrecho vínculo con la Legión. Era frecuente encontrarlo visitando las dependencias de la Subinspección en Leganés. Falleció en Madrid el 28 de abril de 1980.

NOTAS

1. MILLÁN ASTRAY, J. *La Legión*. Ed. facsímil, p. 15.
2. Mateo, Coronel (2001). *La Legión que vive*. Málaga. Ed. facsímil, p. 23.
3. GARCÍA MOYA, A. *Capitán De la Cruz Lacaci. Mártir de la Legión*. Fundación Indortes.
4. Pando Despierto, Juan (2018). «Los jabalíes de Igurmirene», en Revista Ejército, n.º 925.
5. Varios autores. *España en sus héroes*. ONIGRAF.
6. Del credo legionario. «Con el sagrado juramento de no abandonar jamás a un hombre en el campo hasta perecer todos».

HISTORIAL DE LA LEGION



POR EL COMANDANTE PIRIS

«Historial de La Legión». Obra escrita por el comandante Piris